

# La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.  
Manuel Orozco y Berra.  
Hilarion Frias y Soto.  
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

## EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO IV. }

MÉXICO, JULIO 15 DE 1874.

{ NUM. 64.

### CUENTOS DE MI ABUELO.

#### LA CRIADITA.

[Continúa.]

El general, excelente en el fondo de su corazón, y que bajo la prontitud y tesón de un valeroso habituado á mandar, encubría las prendas de un hombre honrado, sintió con toda sinceridad este rompimiento. Usó de cuantos arbitrios son imaginables para recuperar el aprecio y amistad de M. de Horicourt; pero este anciano, que no era ménos sensible y tenaz que el general, se negó á todas las propuestas de este último, y no volvió más á Paris.

Pasáronse seis años sin que esta primera cabeza de familia se comunicase con sus hijos. Sea altivez ó sea obstinacion, fué sordo á sus instancias, y supo arrostrar hasta con los deseos que tenia de volver á ver á su querida Lilia, que tenia entonces diez y siete años. Sus facciones habian tomado una regularidad que la hacia mas hermosa todavía; sus medros del todo ya al descubierto habian dado tal aire á su talle, tanta majestad á su porte, y tan atrac-

tivo lucimiento finalmente á toda su persona, que no podia uno verla sin admirarla, oirla sin conmoverse, ni conocerla sin quererla. No sucedia lo mismo con Leontina; siendo pequeña y de mal talle, carecia de gracia y de todo atractivo. Su figura era comun; el único afecto que sus facciones pintaban, era la soberbia infundida por el alto puesto de su padre, al que era parecido en los ímpetus, pero no en las buenas prendas.

Por esto mismo, cuando ambas hermanas se presentaban juntas en las concurrencias, casi siempre rendian obsequios y parabienes á Lilia, al mismo tiempo que nadie paraba la atencion en Leontina. Siendo mala y envidiosa ésta por naturaleza, se quejó á su padre, el que temiendo que la preeminencia que sobresalía en Lilia diese mucho que sufrir á su hermana, y perjudicase más particularmente á su colocacion, resolvió poner á esta linda y amable huérfana en un colegio retirado de Paris, en que permanecería hasta el casamiento de Leontina. La débil y vana madama de Coulanges consintió en ello, y encargóse secretamente al buen German que buscara un colegio proporcionado, al que conduciría á Lilia, é iria á visitarla todas las semanas, para proveerla de cuanto pudiese suavizar su destierro.

Este bueno y franco German iba de cuando en cuando á saber de M. de Horicourt, al que entregaba siempre una carta de Lilia. Era la única de quien el anciano consentía en recibir pruebas de ternura. En el último viaje que German habia hecho á Soisy, le hizo M. de Horicourt el encargo de proporcionarle una criadita de quince á diez y seis años, que pudiese aliviar á la vieja Margarita en sus afanes, y acomodarse más particularmente con su genio, áspero á veces. German dió parte de este encargo á Lilia, la que concibió al punto un proyecto digno de su mucho amor al abuelo, y de su elevada alma. Propuso á German que la presentase en clase de nieta ó ahijada suya á M. de Horicourt, al lado del cual permanecería como criadita, mientras que su madre y padrastro la creerian en el colegio que le habian encargado buscar. Esta amable huérfana no pensaba mas que en la dicha de volver á ver á su abuelo, de servirle, cuidarle, y dar con arte á su pecho todos los consuelos de que estaba necesitado. «Anunciarás á mi padrastro, decia á German, que has hallado un colegio en una villa de las inmediaciones de Paris; y en vez de llevarme á él, me presentarás bajo el nombre de Javota y con el traje proporcionado en casa de mi abuelo, que no podrá reconocermé, porque he creído más de la

cabeza desde que se apartó de nuestra compañía; del todo se ha mudado mi voz, y con un dejillo de lugareña que tomaré, estoy segura de engañar aun á la vieja Margarita misma. Miétras que me crean desterrada en una casa de educacion bien triste y desapacible, estaré sirviendo al respetable anciano que me es tan querido, le divertiré con mi charla, le distraeré con mis cantinelas, y le devolveré por último los tiernos desvelos que sacrificó á mi infancia.—Está muy bien discurrido, repuso German; pero tiene vd. seguridad de poder conservar su disfraz, y de desempeñar bien su destino al lado de M. de Horicourt?.....—Déjeme vd. á mí, buen German; me propongo representar tan perfectamente mi papel, y desempeñar con tanto celo y habilidad mi obligacion, que estarán locos de contento con Javota; y si el cielo favorece mis designios..... Pero no puedo decirte más por ahora; ajústalo todo segun tenemos convenido, y piensa en llevarme á Soisy dentro de pocos dias. »

German desempeñó diligente y puntualmente cuanto le habia encargado su jóven ama; y notició que conduciría cuando quisieran á la nueva desterrada á un colegio de Pontoise. Lilia aparentó afligirse con la separacion de su madre y hermana, partió una mañana con el leal ayuda de cámara; fué luego en compañía suya á una posada para ponerse el traje necesario al papel que iba á representar, y se restituyó á Soisy-sous-Etoile, en que la presentó German, como estaba convenido.

M. de Horicourt, á quien German habia anunciado la *Criadita* como parienta suya, y dotada de cuantas prendas se requerian, no la reconoció de ningun modo; pero su figura agradó desde la primera entrada tanto al anciano como á la buena Margarita. Lilia habia tomado un aire tan cándido, y una traza tan aldeana al mismo tiempo, que era imposible que descubriesen bajo esta capa á la doncellita mas tímida, mejor educada, y mas perfecta. « ¡Ah! de vd. me han hablado, le dijo M. de Horicourt mirándola con interes; sea vd. bienvenida, hija.—¿Es pues huérfana? dijo la vieja Margarita.—Sí, señora; y así me veo por haberse muerto mis difuntos padres.—¿De dónde es vd.? preguntó M. de Horicourt.—Del lugar de Asniexieres, frente por frente de la barca.—¿Es esta su primera conveniencia de vd?—¡Ah! sí, señor; la primera es.—¿Pero sabe vd. coser, hilar, hacer media, y lavar? preguntó Margarita con voluble acento.—Buena señora mia, pide vd. muchas cosas á un mismo tiempo, le respondió Lilia riendo; pero lo que yo no sepa, lo aprenderé de vd., que tiene toda la traza de una mujer hecha y derecha..... » Este corto cumplimiento puso carialgre á Margarita, que previó desde aquel punto que la *Criadita* podria sujetarse á todas sus voluntades. « No porque mi padrino, añadió Lilia con mas candidez todavía, haya dejado de prevenirme que era vd. algun tanto temosa y gruñona; pero haré por contenerla á vd. Aquí donde me ve, no ceso jamás de reir y cantar.—Mejor que mejor, dijo M. de Horicourt; eso me alegrará, y avivará todas mis ideas. ¿Sabe vd., dijo á Margarita, que de veras es muy pulida?—Allá en mi lugar decian lo mismo; pero la guapeza exterior, como dice nuestro buen párroco, no vale nada; el todo está en la interior.—Está muy bien, muy bien, repetia bajito la anciana cocinera: máximas, costumbres, y religion; vaya, vaya, que formaré alguna cosa de ella..... » German, que celebraba en su interior las amables naturalidades de Lilia, le hizo sucesivamente un largo sermón sobre las obligaciones que tenia que desempeñar, y trajo á su memoria que habia salido responsable de ella, y esperaba ciertamente que le dejaria lucido. La recomendó á las bondades de su merced, y á la indulgencia de Margarita; y se volvió con diligencia á Paris, para hacer creer á sus amos que dejaba á Lilia depositada en el colegio de Pontoise, al que ella daba indicios de habituarse con mucha facilidad.

Hé aquí pues la *Criadita* posesionada ya en casa de su abuelo. No tuvo mucha dificultad para dar á conocer su agilidad é inteligencia. Margarita estaba pasmada de la mucha ayuda que Javota le prestaba; y M. de Horicourt no podia ménos de conmo-

verse al ver los solícitos cuidados con que la misma le asistia. Apénas tenia lugar de desear, cuando se veia satisfecho al punto. Nunca, decia M. de Horicourt, nunca habian hecho mejor su té, café, y chocolate. Jamás, añadía la vieja Margarita por su lado, habian preparado con más limpieza sus diferentes legumbres, jabonado con mayor cuidado sus gorros, ni cogido con más delicadeza los numerosos puntos que en ellos habia; y jamás particularmente le habian comprado mejor tabaco. No estaba Lilia ménos gozosa que ellos. ¡Se tenia por tan dichosa, cuando su abuelo se afirmaba en su brazo, le pasaba la mano por debajo de la barbilla, le mandaba cantar tonadas, y se dormia bajo los árboles de su jardin á la relacion de sus cuentos de viejas!

Un dia que M. de Horicourt se habia entregado al sueño en un banquillo de lo interior de su jardin, miétras que Lilia cavaba y regaba las flores que se hallaban allí inmediatas, no pudo resistir al placer de abrazar á su abuelo. ¡Hacia ya tanto tiempo que no habia gozado de esta felicidad! ¡Los innumerables besos que en su infancia habia recibido de boca de él, se presentaban con tanto encanto á su memoria! ¡su figura fresca todavía, y sombreada por las canas, era tan pasmosa!... Adelántase, pues, con tiento hacia el banquillo, pónese de puntillas; y alargando el cuello, y deteniendo su respiracion, fija suavemente los labios sobre la venerable frente del anciano.

M. de Horicourt se despierta sobresaltado; pues sin duda Lilia habia afirmado sus labios más de lo que pensaba. Al punto echa mano la *Criadita* á un rastrillo, y regadera; y se aparta con la mira de desvanecer toda sospecha. « Es cosa bien singular, dijo el anciano estregándose los ojos; mucho tiempo há que no experimentaba semejante impresion.—¿Qué tiene pues su merced? le preguntó Lilia arrimándose ¿acaso se halla vd. incomodado?—No, no..... bien al revés, hija mia..... he creído ..... sentía..... ¡lo que es la ilusion del sueño!—¿Qué ha sentido vd., pues?—Figúrate, Javota, que he soñado que estaba en Paris en medio de mis hijos.....—Pues bien, es una buena señal; pero valdria más todavía que eso fuera de veras.—Me creia en sus brazos, ¡y tenia tan dilatado mi corazón!—Créolo muy bien; nadie es feliz sino entre los suyos.—He creído ..... verdaderamente que me parece que estoy viéndola todavía... he creído que mi amada Lilia me daba un beso..... ¡pero un beso tan dulce..... ha penetrado hasta lo íntimo de mi pecho.—Y bien, ¿qué es esa Lilia? dijo la *Criadita* ocultando con dificultad su conmocion.—Es mi nieta, respondió M. de Horicourt suspirando; figúrate un ángel de hermosura, la talla y gracia mas hechicera, ¡y con esto una dulzura, delicadeza, y bondad!—Cabal, si es de la sangre de vd., ¿qué milagro habrá en ello?—Pronto hará seis años que no la he visto: sí, desde el veintiuno de Marzo de mil ochocientos tres.—¿Y cómo es eso?—Se lo impiden sus padres.—¡Sus padres! ¡Qué! ¿no le toca ella en nada á su merced? ¿Qué cosa hay en el mundo mas cercana ni amada que un abuelo? Tambien yo tengo uno... sí, yo; y apuesto que si quisieran impedirme el ir á verle..... tomara mis medidas para acercarme á él..... sí, y muy inmediata á él.—¿Quién discurriria que su madre es la que se opone á ello? ¿que aun mi hija es?.....—¡La hija de vd.! no es eso creíble, no será dueña de su voluntad..... quizá tiene un marido que la manda á baqueta..... Una mujer en semejante caso es más digna de compasion que de vituperio..... y sin conocerla, pondria mi mano en las áscuas para afirmar que la hija del buen M. de Horicourt no ha olvidado jamás á su padre..... ¡Basta tan poca cosa para descomponer las familias! lo vemos á menudo en nuestros lugares, y más todavía entre vdes. los acaudalados..... Pero hé aquí puesto ya enteramente el sol, y empieza á hacer sereno; podria incomodar á vd.; entremos, señor, tome mi brazo, y acuérdesse bien de que un padre cual vd. no puede verse abandonado..... no, no puede verse abandonado.

Al hablar así la *Criadita*, ayuda á M. de Horicourt para entrar en su habitacion; y siempre que caia la conversacion sobre madama de Coulanges, Lilia, encubriendo su emocion bajo una habla rús-

tica y la mas franca alegría, defendia con buen éxito á su madre, y acababa persuadiendo á M. de Horicourt que ésta no era reprehensible mas que de debilidad para con un marido vivo y opresivo.

[Continuará.]

## El gato ladron.

(FABULA.)

*Marramaquiz* un gato se llamaba  
Que en lo listo y sagaz sobrepujaba  
A todas las raposas y garduñas;  
Gato de faz redonda y rubio pelo,  
Chata nariz, ojos de mochuelo,  
Erizado bigote y largas uñas.

Ladron de profesion, era no obastante  
Maulero y mogigato,  
Lo cual quiere decir, *dos veces gato*;  
Y era tan diestro en manejar el guante  
Y en ocultar con rara hipocresía  
Cuantos robos hacia,  
Que nadie en un momento de sorpresa  
Pudo nunca atraparle con la presa  
Que arrebatar solia,  
Siendo él en esto tan bribon, tan pillo,  
Que por si algo quedaba entre sus dientes,  
Jamás se presentaba ante las gentes  
Sin limpiárselos bien con un palillo.

A pesar de tamañas precauciones,  
Encontróle una vez la cocinera  
Devorando en su oculta madriguera  
De una perdiz el cuello y los alones.  
Al grito de *ladrones*,  
Echó el gato á correr desaforado  
Camino del tejado;  
Pero no hallando abierta  
Del tejado la puerta,  
A la calle saltó por un boquete,  
Cayendo de tan alto, que el pobrete  
Perdió toda una vida en su arrebato;  
Mas quedáronle seis, pues todo gato,  
Para casos así, cuenta con siete.

Quince dias de cama y de dolencia,  
Y otros tantos de rígida abstinencia,  
Le costó al infeliz el golpe fiero,  
Con más un mes entero  
De penosa y crüel convalecencia.  
Al cabo, un sí es no es restablecido,  
Si bien en esqueleto convertido  
Con tantos dias de ayunar sin tasa,  
Trató de buscar casa  
Donde de nadie fuese conocido;  
Y al fin le deparó su buena suerte  
La de un ricacho fuerte  
Y cortés además y *humanitario*,  
El cual le abrió su techo hospitalario,  
Al ver en él la imagen de la muerte.

El pasado escarmiento,  
Unido al singular recibimiento  
Que al amo nuevo en su mansion debia,  
Claro está que exigia  
Mejor conducta en él; mas ni un momento,  
Aunque cosas creais que cuento extrañas,  
Renunció el gato á sus antiguas mañas:  
Al contrario, pensando en lo ocurrido,  
Cuidó solo de ser más precavido,  
Y aun no habia pasado un breve rato  
Despues de un agasajo tan completo,  
Ya tenia el bribon en el coletó  
Un pollito, un pichon y medio pato.

Absorto y turulato  
Cuenta al amo el desman que ha sucedido  
El cocinero en cólera encendido,  
Y el amo le contesta: «espera un poco,»  
Pues si no me equivoco,  
Oigo ruido de dientes allá dentro:  
¿Quién mascarará? «Salgamos á su encuentro.»

Y salen con efecto..... ¡y vaya un lance!  
O por mejor decir, ¡vaya un percance!  
El autor de aquel ruido endemoniado  
Era un lebel honrado,

Que habiéndose encontrado tras un rollo  
Los huesos del pichon y los del pollo  
Y los del pato á medias devorado,  
Creyó de buena fé licita obra  
Darles abrigo en su inocente panza  
A título de sobra;  
Pero héte aquí que el amo se abalanza  
Con un palo hácia él, fiero, irritado,  
Y le dice: «Ladron desorejado,  
Perro que fiel creí con grave yerro,  
¿Esas tenemos? ¡Pues engulle, y toma!»  
Y á palos lo desloma,  
Y paga por el gato el pobre perro.

En el dia inmediato  
No pudo al cocinero hurtar el gato  
Nada absolutamente,  
Pues aquel, con cuidado diligente,  
No abandonó un momento la cocina;  
Pero en cambio, no es broma,  
Pilló en el palomar una paloma,  
Y luego en el corral una gallina.

Escándalo tan grande  
Hace que el amo mande  
Que vengan al instante á su presencia  
Cuantos gatos están á su obediencia  
Y cuantos perros hay á su servicio,  
Pues quiere al punto celebrar un juicio,  
Y oídos todos, pronunciar sentencia.

El perro apaleado,  
Aunque tullido aún y deslomado,  
Es el primero en auxiliar sus fines,  
Siguiendo detrás de él sus compañeros,  
O sea otro lebrél, dos perdigueros,  
Un alano, un pachon, y tres mastines.  
Entran de ellos en pós, baja la cola,  
Un gato granadino, otro de angola,  
Y hasta otros ocho ó diez de varias clases  
Que no describo por ahorrarme frases,  
Y entre ellos el ladron, que está seguro  
De que nadie le ha visto ni atisbado  
En el desman más leve  
De los muchos que él solo ha perpetrado.

El perro apaleado  
Le mira, y pide la palabra, y dice:  
«Amo mio y señor, ayer la pena  
De un hurto pagué yo, más no lo hice.  
Por lo que á mí y á todos interese,  
Pido que ese bribon, á ley de gato,  
Nos diga á todos si padece flato,  
Y respondiéndome sí, que se le pese.»—

Marramaquiz, que ni siquiera idea  
De su gordura súbita tenía,  
Estremeciéndose al verla, pues hacia  
Un dia nada más que era una oblea;  
Y balbuciendo un *miau* con gran trabajo,  
No sé si en voz de tiple ó voz de bajo,  
Dijo al amo: «Señor.....» pero no pudo  
Seguir hablando en evidencia tanta,  
Pues se enredó su voz en su garganta  
Como si fuese un nudo.

—«¡VISTO!» prurumpe el amo en consecuencia,  
Y acto continuo, dicta esta sentencia:

«Resultando que ayer entró en mi casa  
MARRAMAQUIZ flacucho,  
Y que hoy de gordo por demás se pasa,  
Lo cual indica que es tragon y mucho:

«Resultando que falta en la cocina  
Un pollito, un pichon y medio pato,  
Y arriba una paloma, rico plato,  
Y allá abajo además, una gallina:

«Considerando que tan grave exceso  
No lo ha podido cometer bellaco,  
Sino MARRAMAQUIZ, ayer tan flaco,  
Y hoy de repente gordiflon y obeso:

«FALLO, que le encorbaten el gañote  
En el sitio comun y acostumbrado,  
Y que sea el lebrél apaleado  
El que le dé garrote.»

—«¡Bravo! dice á su vez el cocinero:  
Auto es ese en verdad algo severo;  
Pero lógico, justo y consecuente,  
Si bien sus fundamentos se reparan;  
Y en verdad que si así les ajustaran  
Las cuentas de su lujo y su boato  
A otros muchos que engordan de repente,  
Sin saberse por nadie qué contrato,  
Qué herencia ó manda pía  
Los ha engordado así ..... ¡por vida mia!  
Que habria argolla para más de un gato.»

## LOS JUEGOS.

### EL ARO.

Enriqueta iba un dia á paseo delante de su mamá, llevando en la mano un aro forrado de paño encarnado, con galones de plata y alambres cruzados de los que pendian sonoros cascabeles. Así que llegaron la madre y la hija á un terreno llano y despejado, lo que es indispensable para divertirse sin riesgo en este juego, se sentó la madre en un banco de piedra, y Enriqueta, quitándose su sombrero de paja, empezó á jugar con el aro, haciéndole girar rápidamente en todas direcciones, aunque sin apartarse mucho del sitio en que su madre se encontraba.

El aro no solo es juego que divierte mucho á los niños, sino que contribuye á que hagan un ejercicio saludable, para dar agilidad al cuerpo y soltura á las piernas y los brazos. Aunque parece tan sencillo, embarga mucho la atención de los niños, para dirigir su marcha y para comunicarle el empuje por medio del palillo que se lleva en la mano. La habilidad del que juega está en combinar de tal modo el empuje que al aro comunica, con la velocidad de su carrera, que el aro nunca pueda evadirse de su dominio, estando siempre á tiempo de comunicarle el empuje, cuando empieza á ceder en su velocidad.

Habia por allí otra niña que tambien estaba de paseo con su mamá, y que no teniendo aro, miraba con atención á Enriqueta, acercándose algun tanto para observar los movimientos de ésta. Como que las niñas se entienden fácilmente unas á otras, al instante adivinó Enriqueta lo que la otra niña podía desear, y acercándose á ella le dijo con mucha monada:

—¿Quiere vd. jugar conmigo?

La otra niña, que no deseaba otra cosa, consultó á su mamá con una mirada y en seguida tomó parte en la recreación de Enriqueta, resultando que desde aquel instante tuvo el juego mayor animación. Ya corrían paralelamente, ya cortaban con prontitud el terreno para atajar y contener al aro cuando se apartaba de su dirección, ya se lo lanzaban la una á la otra, ya en fin, iban á competencia á ver cuál de las dos le comunicaba mayor empuje, y por consiguiente le hacia ir más lejos.

Parece que todo placer es mayor cuando de él hacemos partícipes á los demás, y es indudable que Enriqueta tuvo la mayor satisfacción por la condescendencia que habia tenido con aquella niña á la que hablaba como si fuese conocida de toda la vida. Pero no es esto lo más particular, sino que las madres, que jamás se habian saludado, vinieron á encontrarse juntas, sentadas en el mismo banco, conversando amigablemente y observando con satisfacción los colores de la rosa que asomaban á las mejillas de sus hijas.

El juego del aro es conocido desde la más remota antigüedad. Le usaron ya los griegos y los romanos, y entre ellos ciertamente que no era un juego de niños. El aro estaba formado por un gran círculo de hierro y se le comunicaba empuje con una varilla del mismo metal. En lugar de cascabeles llevaba colgantes muchos anillos y sonajitas de cobre, que producian con el choque ese ruido que parece un estímulo á la carrera.

## Un aniversario en Londres.

[Continúa.]

«¿Te acuerdas, Jenny?»

—Si, hermano, y me alegro de que la prosperidad no haya borrado de tu memoria aquellos dias.

—¡Oh! murmuraban por lo bajo los empleados; ¡oh! ¡almas nobles!

Gregorio Sullivan continuó:

«Una vez, llevamos á casa seis chelines. El dia habia sido bueno, no habia cesado de llover durante todo él, y los pasillos se deshacian apenas los habiamos hecho. Pero ¡qué buen dia! Llegamos enlodados de piés á cabeza, pero tan contentos, que mi madre reía y lloraba á un tiempo cuando nos vió entrar, hablando todos á un tiempo y presentándola nuestro tesoro.

Mi madre nos habia dicho la víspera: «Si tuviera cuatro chelines, haria un buen caldo á vuestro padre.»

Yo habia rogado al buen Dios que enviase la lluvia, y Dios me escuchó.

Mi padre encontró su caldo excelente y cada uno de nosotros tuvo su taza, quedando aún para el siguiente dia. Dormimos sin interrupcion aquella feliz noche.

Desgraciadamente, al otro dia por la noche, cuando volvimos, nos encontramos con que el padre no seguia bien.

Mi madre no se recogió y me dijo que al otro dia me enviaria en busca del médico. Yo no comprendo cómo ella resistia tanto. Aquella fué la primera vez que observé que el valor puede reemplazarlo todo, hasta la fuerza.

Pasé muy mala noche y me levanté ántes que todos. Mi madre dormia con la cabeza apoyada en el borde del lecho. Creí que mi padre reposaba tambien. Quise levantarme suavemente, pero al hacer el primer movimiento, conocí que me habia engañado. Los ojos entreabiertos de Daniel Sullivan, se fijaban con tan triste y cariñosa expresion en la frente pálida de mi madre, que yo no pude ménos de caer arrodillado al pié de mi lecho. Oré llorando, y mi padre que me oía, me dijo por lo bajo: «¡Querido hijo mio!» Y luego apoyó un dedo sobre sus labios para indicarme que callase, á fin de que mi madre reposara un poco. Desperté con mucha precaucion á mis hermanos y salimos todos de puntillas, recibiendo una sonrisa paternal por despedida.

El tiempo estaba muy malo aquel dia; para nosotros era la buena estacion. Ya habiamos reunido algo y trabajábamos animados por el provecho, cuando al dar un escobazo sobre el húmedo macadam de la esquina de Pall-Mall y Regent-street —parece que estoy viendo el lugar—apercibí algo que estaba en el suelo y que no podría haber venido del cielo. Era una cartera negra, de regular tamaño. Como no estaba aún muy sucia y apenas se habia mojado de un lado, pensé que seguramente no hacia mucho que habia caído, y al recogerla, busqué con la vista á alguien á quien pudiera pertenecer. Uno de mis hermanos me dijo que debia haber caído de la faltriquera á cierto caballero grueso y alto que le habia dado poco ántes una pieza de medio chelin. Mi hermano podia tener razon. ¿Pero en dónde encontrar al caballero?

Puse la cartera en mi bolsillo y nos dirigimos, algo más tarde que de costumbre, á nuestra casa. Tan luego como llegamos, enseñé á mi padre nuestro hallazgo. Abrióla y encontró dentro papeles. Mi madre y mi padre fueron leyéndolos todos y temblaban al leerlos. Cuando los hubieron visto todos, ella los puso en la cartera, la cerró, la envolvió cuidadosamente en un papel, atándola con un hilo, y escribió encima, bajo el dictado de mi padre, algunos renglones; despues se me dijo, «Gregorio, pon cuidado; vas á llevar este precioso paquetito, á Norfolk-street, Harrison-Hôtel; preguntará por Mr. James Harrison, diciendo que á él mismo es á quien necesitas hablar de un asunto importante. Cuando estés en su presencia, le preguntará si ha perdido algo durante el dia. Si te dice que sí, que es una cartera (tu hermano te acompañará para que te diga si es el mismo caballero que le dió los seis peni-

ques), entónces, estando bien seguro de que es el propietario de lo que has encontrado, se lo devolverás, haciéndole saber cómo y dónde lo encontraste.

—Ya es algo tarde, observó mi madre.

—No está muy lejos, dijo mi padre. Vé, pues, pronto, hijo mio. Es preciso que esto no permanezca aquí veinticuatro horas.

—Tienes razon, dijo mi madre.

Y despues que ella nos hubo aseado y cepillado un poco, partimos mi hermano y yo.

Una hora despues, nos encontráramos en un hermoso salon, ante un grueso caballero á quien mi hermano reconoció luego por el mismo de la mañana.

«¿Qué hay?» nos preguntó con aire hurafío.

—Señor, le dije, somos barrenderos de Pall-Mall y Regent-street. ¿Os acordais de haber dado hoy, como á las cuatro, un medio chelin á mi hermano?

—¡Y bien! ¿no era bastante?

—¡Oh, sí! contesté yo intimidado; pero es que despues, encontramos algo que puede ser vuestro.»

El caballero se levantó, y me tomó por la mano, me acercó á la lámpara, y mirándome con fijeza, me dijo:

«Tienes buen aspecto, y si estás en camino de hacer una buena accion, me darás mucho placer. Volviendo de la Cité, he perdido una cartera de tafilete negro. ¿Es eso lo que has encontrado acaso, hijo mio?

—Justamente, le dije muy satisfecho; mi padre, á quien la mostré, me ordenó que os la trajese. Encontró en ella vuestra direccion.

—¡Ah! ¿es decir que la ha abierto?

—Para buscar la direccion, contesté con los ojos llenos de lágrimas.

(Continuará.)

## MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

### CAPITULO V.

#### DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN SOCIEDAD.

##### ARTICULO I.

##### DE LA CONVERSACION.

##### SECCION SEGUNDA.

##### Del tema de la conversacion.

###### I

Al presentar un tema cualquiera de conversacion consultemos el carácter, las inclinaciones, las opiniones y todas las demás circunstancias de las personas que componen la sociedad, y en especial las de la familia de la casa en que nos encontremos, á fin de asegurarnos de que el asunto que elegimos ha de interesar á todos los que se hallen presentes, ó de que por lo ménos, no habrá de serles desagradable bajo ningun respecto.

###### II

Procuremos hablar á cada persona sobre aquellas materias que le sean más familiares, y en que pueda por lo tanto discurrir con mayor facilidad y lucimiento; pero evitemos toda falta de naturalidad y discrecion en este punto, pues el contraer demasiado la conversacion á la profesion ó industria de la persona con quien hablamos, podria hacerle pensar que nosotros la consideráramos destituida de otros conocimientos.

###### III

Siempre que nos reconozcamos incapaces de alimentar la conversacion de una manera agradable á las personas con quienes nos encontremos, guardémonos de tomar en ella una parte activa, y limitémonos á seguir el movimiento que otros le impriman, emitiendo observaciones generales, que no nos conduzcan á poner en descubrimiento nuestra insuficiencia.

###### IV

La variedad de los temas contribuye en gran manera á amenizar la conversacion; pero téngase pre-

sente que no se debe asomar nunca un nuevo tema, hasta que no se note haberse agotado ya el interes de aquel sobre que se discurre. Miéntras el movimiento de la conversacion sea rápido y animado, debe suponerse que la sociedad no desea pasar á otro asunto; y solo nos seria lícito prescindir de esta consideracion, cuando tuviéramos la seguridad de que llamando su atencion hácia un objeto distinto la haríamos ganar notablemente en utilidad ó placer.

###### V

Es además indispensable encadenar en lo posible los diversos temas de la conversacion, de manera que, al pasar de uno á otro, el que se introduce tenga alguna relacion con el que se abandona. Puede-se, no obstante, presentar un tema totalmente inconexo, 1º, cuando se sabe que la materia que ocupa á la sociedad, no puede ménos que ser desagradable para alguno de los circunstantes: 2º, cuando la conversacion toma un giro que puede conducirla á turbar la armonía ó buen humor de la sociedad: 3º, cuando el movimiento de la conversacion es lento y pesado, necesitando por lo tanto la sociedad de otro tema cualquiera que despierte su interes: 4º, cuando la sociedad divaga indiferentemente en materias de poca importancia: 5º, cuando el tema que se presente sea tan interesante, que no dé lugar á extrañar su falta de relacion con el que se abandona.

###### VI

Las personas de mayor respetabilidad que se encuentran en un círculo, son las que principalmente están llamadas á variar los temas de la conversacion.

###### VII

Los temas que generalmente son más propios de la conversacion en la sociedad, son aquellos que versan sobre acontecimientos coetáneos que no ataquen en manera alguna la vida privada, sobre las virtudes de alguna persona, sobre literatura, historia, ciencias, artes, y muy especialmente sobre los asuntos que tengan vivamente interesada la atencion pública.

###### VIII

Cuando en el círculo en que nos encontremos se manifiesta una general tendencia á discurrir sobre un asunto determinado, es altamente impolítico llamar la atencion de los circunstantes, para ocuparla en materias indiferentes ó que no tengan una grande importancia.

###### IX

Es una vulgaridad hablar en sociedad detenidamente de nuestra familia, de nuestra persona, de nuestras enfermedades, de nuestros conflictos, de nuestros negocios y de materias puramente profesionales. La persona, por ejemplo, que entrase en una tertulia á hacer historia de una enfermedad, se haria imponderablemente fastidiosa; y el abogado ó comerciante que ocupasen la atencion de los demás en los asuntos que traen entre manos, ó en razonamientos abstractos sobre sus respectivas profesiones, apareceria además como hombres de pequeños alcances.

###### X

Hay personas que tienen un tema favorito, sobre el cual discurren en todos los círculos en que se encuentran, y otras que contraen el hábito de no hablar sino de aquellas materias que son de su particular agrado. Las primeras obran de un modo altamente ridículo; y las segundas dan una muestra de poca consideracion á la sociedad.

###### XI

Guardémonos de presentar un tema de conversacion sacado de una materia cuyo estudio estemos haciendo: á más de que no podríamos discurrir con facilidad y acierto, nos expondríamos á que alguno de los circunstantes, que dominara la materia, nos llamase en la conversacion á puntos distantes que nos fuesen aún desconocidos, quedando desde luego conceptuados nosotros como pedantes, ó cuando ménos como imprudentes.

###### XII

Las personas bien educadas no hablan jamás contra las ajenas profesiones. La costumbre de denigrar

á los médicos y á su ciencia, cuando ésta no ha alcanzado á salvar la vida de un deudo ó amigo, es tan solo propia de gente ordinaria y de mal carácter: incluye casi siempre el odioso sentimiento de la ingratitud hácia aquel que se ha esforzado en hacer el bien, y muestra poco respeto á los decretos del Altísimo, cuya suprema voluntad se manifiesta siempre en la eficacia ó ineficacia de los recursos de la medicina.

###### XIII

Los que se encuentran empeñados en un litis, ó traen entre manos cualquier negocio de importancia que les ofrece dificultades graves, se preocupan generalmente hasta el punto de contar con que todos participan de sus impresiones, y á cada paso pretenden hacer de la idea que los domina el tema de la conversacion. Tengamos por regla segura é invariable, que esta especie de temas son altamente fastidiosos en sociedad, y jamás incurramos en el error de medir por el interes que en nosotros exciten, el interes de las personas que nos oyen.

###### XIV

Al incorporarse á un círculo una persona cuyas circunstancias no exijan que se varíe de tema, corresponde al dueño de la casa, ó al que llevare la palabra, imponerla brevemente del asunto de que se trata, epilogando si es posible, las observaciones más importantes que sobre él hayan hecho, á fin de que pueda tomar parte en la conversacion.

###### XV

En cuanto á la persona que se incorpora á un círculo, se abstendrá severamente de inquirir el asunto de que se trataba ántes de su llegada; y si conforme á lo prevenido en el párrafo anterior, le fuere dado espontáneamente este informe, se guardará de tomar la palabra inmediatamente, esperando para ello á que lo hayan hecho otras personas.

## AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

Todos los niños, aun los mejores, tienen sus períodos de energía y fatiga; los maestros, deben estudiar los síntomas de estos cambios, para no abusar de la fuerza mental de los niños.

Recitar continuamente, ó resolver problemas en un tiempo preciso, es imponer trabas á la libertad de impulsos y movimientos del entendimiento.

Es una cosa muy hermosa y notable, el que un niño se dedique con toda su fuerza al trabajo que se le impone.

Pero tambien necesita reposo y cuidados, que pueda en los dias festivos reunir sus ideas y sentirse aliviado aun de sus pueriles caprichos.

Además, para el niño como para el hombre, hay un límite al poder de desarrollo, tanto para lo nuevo como para lo viejo.

Son necesarios algunos períodos de reposo para que el cuerpo y el alma recobren su exhausta fuerza.

Durante ellos, tambien aprende el discípulo, porque desconocido á sí mismo, reconoce lo que está ante sí; y esta nueva actividad de las facultades, es más eficaz en producir nuevas combinaciones de ideas en todo el arte pedagógico.

Aquel principio de Platon: «Los dioses son amigos de la diversion,» debería estar como un mote á la puerta de todo hogar; y la sentencia de Anaxágoras: «En el dia de su muerte los niños jugarían,» tiene una profunda significacion.

Una série ilimitada de ideas sin reflexion, sin ser restringidas por su objeto, principio, progreso y fin, —caracteres que distinguen el trabajo del juego, — es tan necesaria á los niños como la respiracion.

Son muy sábios los padres que juegan mucho con sus hijos; miéntras más grande es la actividad mental, mayor goce y placer es el juego.

Pero debe haber órden y proporcion en todas las cosas.

Lo más sencillo, lo más susceptible de modificarse, es lo mejor para los juegos.

Hay mucho que estudiar en los juegos de niños.

Decidme cómo juegan y os diré lo que serán algun dia.—STOY.